

El mito del progreso, de los universitarios tan querido

The myth of progress, from university so beloved

Braulio Hornedo Rocha

Resumen: El progreso es una creencia tan profundamente arraigada en la mayoría de las mentalidades modernas que se ha convertido en un dogma de fe. Ser moderno supone ser con devoción progresista, particularmente entre los universitarios titulados que han pasado por una adecuada trata escolar y para quienes el objetivo último en la existencia es la obtención de grados académicos.

Palabras clave: Progreso, desarrollo económico, educación, escolarización.

Abstract: Progress is so deeply rooted in most modern minds that has become an article of faith belief. Being modern means to be progressive with devotion, especially among university graduates who have gone through school is adequate and for whom the ultimate goal in life is to obtain academic degrees.

Keywords: Progress, economic development, education, schooling.

En 1932, Alfonso Reyes veía en el mundo
un paulatino advenimiento al poder de las
clases universitarias.
Gabriel Zaid (1999: 310).

El progreso es una creencia tan profundamente arraigada en la mayoría de las mentalidades modernas, que se ha convertido en un dogma de fe. Ser moderno hoy en día, supone ser con devoción, progresista. Esta creencia se da particularmente entre los universitarios titulados, que han pasado por una adecuada trata escolar y para quienes, un objetivo central en la existencia es la obtención de grados y posgrados académicos. Los títulos de licenciado, maestro y doctor representan socialmente una ilusoria garantía de ser enrolados en las nóminas de los ricos. También representan un ingenuo anhelo de ser candidatos a recibir, al menos, las migajas que resbalen de la mesa del progreso de los poderosos. La escuela y los maestros nos machacan la consigna progresista. ¡Nadie debe ni puede oponerse al progreso, pero ni siquiera dudar de su absoluta pertinencia! Este es uno de los propósitos principales de la educación escolarizada, propósitos que se pueden resumir en cinco creencias fundamentales de los universitarios enrolados por la cultura del progreso. 1. Crecimiento económico ilimitado. 2. Rendimiento del capital. 3. Productividad. 4. Consumo sin fin. 5. Afán trepador. Estas cinco creencias garantizan la incorporación de los escolarizados al aparato de producción, y por tanto, a la cultura del progreso.

Si acaso podemos identificar un debate público alrededor del concepto de progreso, este se da en el creciente dilema, de fomentar el cinismo o atizar el pánico. Este debate es protagonizado, con indiferencia a veces, o con gran entusiasmo casi siempre, entre los universitarios miembros de la “tribu invisible”, certeramente

caracterizada por Zaid (1999: 319). Sin embargo, irónicamente y pese a su invisibilidad, tribu omnipresente a lo largo y ancho del mercado global que constituye su caldo de cultivo y medio primario de reclutamiento y reproducción. La cultura del progreso es el evangelio encarnado por la tribu de los universitarios. Quienes se ven a sí mismos como los evangelistas encargados de predicar y extender el dogma del progreso. Dice Zaid:

No son los arios, ni los proletarios, ni los cristianos, ni los occidentales los que imponen su ser, como modelo culminante de la humanidad: son los universitarios, la gente de libros. Platón se sonroja, titubea, pero finalmente dice que la humanidad debe ser como Platón (Zaid, 1999: 321).

Los universitarios somos los encargados de satisfacer las necesidades de vivienda, educación, salud, transporte y sobre todo seguridad, para el público “ignorante y necesitado”, ávido de progreso en el mercado global. Y esto a partir de que logramos obtener un buen empleo, (como una especie de esclavitud voluntaria), pero eso sí, sólo por ocho horas al día y *weekend*. Conquista laboral de amargo e indudable sabor progresista.

Las diferencias de opinión sobre qué es el progreso, cómo y quién debe ofrecerlo, a quiénes, pueden verse en el marco de las discusiones más o menos técnicas de las distintas profesiones proveedoras de progreso. Los proveedores de progreso están del mismo lado con respecto a sus clientes, pacientes o pupilos: arriba, en el centro, adelantados. Los atrasados son el tema (Zaid, 1999: 321).

¿Pero qué, no es claro como el agua del excusado, que los universitarios sí sabemos que es lo que les conviene a los pobrecitos de los pobres? Los gremios, asociaciones y colegios de profesionales expertos suscriben entusiasmados sus taimadas y coincidentes opiniones. Los economistas, sociólogos y antropólogos; los médicos,

ingenieros y arquitectos; los historiadores, juristas, filósofos y hasta algunos poetas, son partidarios unánimes de predicar y construir el bonito camino que nos llevará al “muy, muy lejano” reino del progreso.

Lo que los pobres necesitan (siguiendo el razonamiento universitario) es dejar de ser pobres (brillante hallazgo tautológico). Para dejar de ser pobre se necesita (como para llegar al cielo) adecuarse a la división social del trabajo (la escalera grande) y por lo tanto conseguirse un empleo o al menos una chamba (la escalera chiquita). Para todo lo cual sirve de maravilla obtener un grado, o mejor un posgrado, lo que posibilita esta piadosa tarea. Ayudar a convertir a los pobres campesinos indígenas marginados en: avalados sujetos de crédito, trata escolarizante, dieta balanceada y gimnasio, curaciones con medicinas de patente, pacientes capaces de nacer y morir en hospitales, usuarios de viviendas de interés social, derechohabientes de la seguridad social con, teléfono celular y tarjeta de crédito... ¡Esta es la misión histórica de la tribu del progreso, nuestra tarea es lograr que los pobres dejen de ser pobres y se conviertan en... universitarios progresistas y conspicuos consumidores!

Como indica el sabio ingeniero y poeta:

El progreso autónomo, disperso, desde abajo, siempre ha existido; pero nunca ha sido muy respetado ni para efecto de riesgo y análisis histórico, económico, sociológico. Se supone que abajo hay una masa amorfa que debe ser refundida, por su propio bien, en algunos de los moldes del progreso. Se supone que hay pocos moldes posibles. Con frecuencia, se habla de dos: alternativa salvadora (es decir: la que nosotros ofrecemos) y la perversa (es decir: la que ofrecen los otros). También se usa la dicotomía para rechazarla y presentar una tercera posición salvadora que no es ni A ni B. De cualquier manera, la oferta de progreso suele reducirse a un solo molde impuesto desde arriba, aunque las mismas cosas (por ejemplo el control de la natalidad) resulten progresistas o reaccionarias, de izquierda a derecha, de salvadoras a satánicas, según el proveedor que las ofrezca... Que esas cosas sean pertinentes para las necesidades de los supuestos beneficiarios, a juicio de éstos, no es lo que rige la oferta.

En este sentido no hay mucha diferencia entre los dirigentes de las grandes empresas norteamericanas o nacionales, privadas o públicas; entre los funcionarios de los gobiernos capitalistas o socialistas; entre los misioneros cristianos o los guerrilleros marxistas: todos suelen ser universitarios convencidos de que los campesinos no saben lo que les conviene que hay que decidir por ellos. Este despotismo ilustrado puede ser blando o duro: desde la invitación a dejar atrás una cultura obsoleta, hasta la imposición violenta del progreso (pasando por los progresos que no existen mas que en los decretos). Pero Castro y Pinochet, los gobiernos de México y Venezuela, la General Motors y Pemex, los militares y guerrilleros salvadoreños, los grandes empresarios y los académicos distinguidos de América Latina y del exterior no tienen muchas dudas de que saben mejor que los campesinos lo que a los campesinos les conviene (Zaid, 1999: 322-324).

Un nuevo fantasma recorre el mundo, un fantasma del que todos los universitarios nos sentimos propietarios y legítimos representantes, el fantasma del progreso:

Los universitarios no somos los primeros privilegiados de la historia, pero si los primeros en prosperar en nombre del saber, con paradójicos problemas de "conciencia de clase" nos resistimos a saber lo que somos, y lo somos por el saber (...) Damos por supuesto que somos una bendición para la humanidad, y hasta nos parece de mal gusto examinar nuestros intereses particulares: Lo natural es que los reflectores se dirijan a lo otro: lo mucho que necesita examen, esclarecimiento, dirección, ayuda, por su propio bien (...) Por eso es de mal gusto que, al discutir el interés universal de la humanidad en el progreso, se discuta nuestro interés particular: el hecho indiscutible de que somos las únicas personas preparadas para entender y dirigir el progreso de los demás (Zaid, 1999: 322-324).

Algunos universitarios tenemos una terrible dificultad en ser autocríticos, en lograr reconocernos como integrantes de una clase social específica, de una cultura determinada por las condiciones materiales de la producción: la cultura del progreso. Cultura si no universal, sí claramente hegemónica y dominante en el mundo moderno del mercado global. La "tribu invisible", lo es, por su falta de conciencia de clase. La tribu universitaria no es visible ni para sí misma, aunque sus miembros se encuentran inmersos en los mismos restaurantes,

aviones, hoteles, supermercados y universidades a lo largo y ancho del mundo moderno. La paradoja epistemológica es que si los universitarios lo somos por el saber, ¿cómo es que no logramos saber ni quiénes somos, ni a qué cultura pertenecemos?, y eso que lo que somos, lo somos precisamente por el saber.

Las universidades modernas que se ostentan como de marcada orientación científica y politécnica, desgraciadamente, y a causa de su fe en el progreso, han ido perdiendo su carácter universalista que les permitía actuar como lugares para propiciar los encuentros libres entre personas afines que comparten sus intereses por saber. En cambio, se han convertido en organismos presupuestófagos y meritocráticos, cuya misión estriba en administrar y, sobre todo, certificar los productos industriales denominados docencia, investigación y extensión de la cultura.

Dice Iván Illich en *Hacia el fin de la era escolar* “panfleto” antecedente de *La sociedad desescolarizada*, que la escuela parece estar eminentemente dotada para ser la Iglesia Universal de nuestra cultura moderna, que practica el progreso como una forma de la decadencia. Cito fragmentos entresacados de diversas páginas “panfletarias”:

La escuela sirve eficazmente como generadora y sostén del mito social del progreso debido a que posee la estructura de un juego ritual de promociones graduales (...) La escuela es un rito iniciatorio que introduce al neófito a la carrera sagrada del consumo progresivo (...) El universitario titulado ha sido escolarizado para cumplir un servicio de reclutamiento entre los ricos de la tierra (...) La universidad moderna ha alienado su oportunidad de proporcionar sencillamente un marco para encuentros autónomos y anárquicos, orientados pero no planificados, entusiastas. En cambio, ha elegido convertirse en gerente de un proceso que fabrica los productos llamados investigación y docencia (Illich, 1972).

Pareciera sin embargo, en una enigmática “coincidencia exacta”, que en estas palabras escritas bajo el volcán en Cuernavaca al inicio de la década de los setenta del siglo XX, se escucharan los ecos de estas otras palabras escritas cien años antes, también bajo el volcán pero en la “Comuna de Chalco” por un casi desconocido y olvidado médico emigrante griego. Plotino Rhodakanaty, que fue un lector devoto de Fourier y Proudhon. Plotino publicó un artículo titulado “El programa social” en el periódico *El Socialista* del 16 de abril de 1876 en el que escribe:

La Libertad significa el desarrollo de todas las profesiones u oficios y de todos los talentos del individuo, sin restricciones. La Libertad significa el derecho de practicar todas las profesiones sin adquirir títulos y licencias formales y sin permitir que los monopolicen las universidades. Libertad es la emancipación y rehabilitación de la mujer y la liberación individual fuera de toda restricción (Hart, 1970: 36).

Curiosamente, más de cien años después, Lyotard establece la condición postmoderna, ya en pleno siglo XXI, de manera sucinta como:

La incredulidad con respecto a los metarrelatos. Este es, sin duda, un efecto del progreso de las ciencias; pero ese progreso, a su vez, la presupone. Al desuso del dispositivo metanarrativo de legitimación corresponde especialmente la crisis de la filosofía metafísica, y la de la institución universitaria que dependía de ella. La función narrativa pierde sus funciones, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos, y el gran propósito (Lyotard, 2004: 10).

La universidad científica y tecnológica (cientificista y burocratizada). La universidad de condición postmoderna, ubica a las humanidades como el patito feo en la repartición del queso presupuestal por su “evidente inutilidad”. La mentalidad escolarizada y progresista impone como norma de política pública educativa, el que solamente es científico aquello que es digno de financiamiento, porque se aviene a

convertirse en conocimiento rentable, y por lo tanto, útil para el sacrosanto principio que garantiza las condiciones materiales para la reproducción y acumulación del capital:

Los decididores intentan, sin embargo, adecuar esas nubes de sociabilidad a matrices de *input/output*, según una lógica que implica la conmesurabilidad de los elementos y la determinabilidad del todo. Nuestra vida se encuentra volcada por ellos hacia el incremento del poder. Su legitimación, tanto en materia de justicia social como de verdad científica, sería optimizar las actuaciones del sistema, la eficacia. La aplicación de ese criterio a todos nuestros juegos no se produce sin cierto terror, blando o duro. Sed operativos, es decir, conmensurables, o desapareced (Lyotard, 2004: 11-12).

La universidad que servía para el encuentro libre y anárquico de los afines convocados por el placer del saber. La universidad universalista, libertaria, plural y comunitaria. La universidad que era un fin en sí misma y ahora está en vías de extinción a causa de nuestra ciega y obstinada “fe en el progreso”. Esa es la universidad por la que este ensayo apuesta, aunque paradójicamente también, es el origen al que se debe.

Del saber del fuego al fuego del saber

El mito del progreso parte en sus orígenes de una fe en el saber que deriva y quizá también proviene de una fe en el hacer. Saber hacer se traduce en una capacidad específicamente humana de dominio del entorno. Es el fundamento de nuestra conciencia de la autonomía humana con respecto al medio ambiente natural.

Los mitos son expresiones antiguas de hechos reales e imaginados, de anhelos y supuestos, de experiencias, leyendas y creencias que dan cuerpo a la tradición oral de las más diversas culturas en todo el mundo

ágrafo, antecedente y posteriormente consecuencia también de la escritura y la historia.

Uno de los mitos primigenios en esta diversidad multicultural del género humano es el mito del origen y dominio del fuego. A diferencia del resto del reino animal, los humanos de hace medio millón de años empezaron por vencer el miedo y observar el fuego que se producía por causas naturales. De ahí pasaron a dar ese paso gigante del género humano al transportarlo y posteriormente conservarlo, para finalmente descubrir cómo producirlo.

El dominio del entorno arranca con el dominio del fuego. Pero este saber hacer fuego conlleva también el poder asociado al uso de una energía adicional a la energía metabólica natural y equitativamente distribuida en cada individuo. Un excedente energético que marca una enorme diferencia en el ejercicio del poder, entre quién sabe hacer fuego y quién no lo sabe.

El uso del fuego permite iluminar y calentar más allá de la energía solar y de esta manera transformar las cuevas en las primeras viviendas. El fuego ahuyenta a los animales salvajes y establece un contorno de seguridad. El fuego facilita el habitar en latitudes inhóspitas. Pero sobre todo, el fuego permite pasar de lo crudo a lo cocido y transformar en comestibles alimentos que no lo eran hasta antes de su cocimiento.

El dominio del fuego también da origen a las diversas cerámicas y la metalurgia como algunos de los primeros factores de progreso que conducen hacia la revolución agrícola y en consecuencia a la transición de la vida nómada recolectora hacia la vida sedentaria y urbana.

En la tradición histórica de la Cultura Occidental el mito de Prometeo es el más antiguo y conocido referente en la tradición heroica, romántica y revolucionaria. El rebelde que se opone al orden

establecido en beneficio de la humanidad y termina castigado por Zeus (o el jefe en turno vigente) como resultado de su rebeldía.

El surgimiento de las primeras ciudades es consecuencia de la revolución agrícola iniciada quizá por las mujeres hace unos diez mil años. Un poco anterior fue la domesticación de animales, que comienza con la fiel amistad de los perros, hace unos quince mil años. La vida sedentaria primero y posteriormente urbana, es la simiente cultural para la observación y el cálculo astronómico, así como para actividades artesanales, como el tejido de canastos y otros utensilios como por ejemplo las telas. La vida urbana hace unos cinco mil años, acuna el espíritu previsor y acumulador de excedentes, así como el cálculo contable para el control de lo producido, almacenado y lo vendido, que viene a desembocar en la invención de la escritura.

El mito del progreso se inicia con los griegos homéricos que poseían una visión enigmáticamente anticipatoria de la modernidad progresista. Prefigurando el *Progreso* como un avanzar paso a paso desde la edad dorada, para ir avanzando en la decadencia, tal como se practica en la pus modernidad consumista del siglo XXI. El punto de partida es la Edad de Oro, desde la que avanza la humanidad ineludiblemente hacia la decadencia. Hesíodo dice en *Los trabajos y los días* que los hombres existentes bajo el imperio de *Cronos* que mandaba en el Ouranos (cielo) y que:

Vivían como Dioses, dotados de un espíritu tranquilo. No conocían el trabajo, ni el dolor, ni la cruel vejez; guardaban siempre el vigor de sus pies y de sus manos, y se encantaban con festines, lejos de todos los males, y morían como se duerme. Poseían todos los bienes; la tierra fértil producía por si sola en abundancia; y en una tranquilidad profunda, compartían estas riquezas con la muchedumbre de los demás hombres irreprochables.¹

¹ http://es.wikisource.org/wiki/Los_trabajos_y_los_días.

Cervantes deja referencia también, casi dos mil quinientos años después que Hesíodo, de esta dichosa edad recolectora en la que no existía la propiedad ni la agricultura:

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados (...) porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían(...) Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia; aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella, sin ser forzada, ofrecía, por todas las partes de su fértil y espacioso seno, lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían (Cervantes, 2001: 154).

Paul Goodman un pensador libertario norteamericano de “sensata explosividad”, maestro y amigo de Iván Illich, escribió hacia el final de su polémica vida que:

Para que la hierba siga verde y los ríos estén limpios, para que los niños tengan una mirada luminosa y buen color -cualquiera que sea su color- y los hombres no sean maltratados y puedan ser ellos mismos, creo que con mucho gusto prescindiría de todas las otras ventajas de orden político, económico y tecnológico (de la modernidad) (Goodman, 1972: 191).

Goodman escribe estas líneas al final de la década de los sesenta del siglo XX, cuando no existía un movimiento ecologista ni una conciencia clara del problema. Pero estas palabras denuncian como una anticipación que los intereses del complejo militar industrial, la megamáquina del modo de producción capitalista, su afán desmedido de lucro, eficiencia y productividad, su fanática fe en su propio progreso son los causantes de la contaminación de mares y ríos; de la opacidad en la mirada y el espíritu de los niños; de la explotación desmedida del

trabajo humano para exprimirle hasta la última gota de plusvalía. Pero estas palabras nos previenen también que no es con el crecimiento de la inversión y el empleo, ni con el fortalecimiento de un mercado global controlado por las corporaciones transnacionales, ni con el gigantismo burocrático del Estado, como lograremos conformar un diálogo multicultural, para una convivencialidad pacífica que logre mediante el respeto a la diversidad y autonomía de las culturas y naciones el apoyo mutuo y el cultivo de la libertad creadora.

Goodman, como Kropotkin, como Flores Magón, como Tolstoi, como Zaid, como Chomsky, como Illich, entre muchos otros, son héroes rebeldes en la tradición política anarquista, libertaria y revolucionaria. Como el mismo don Quijote que está dispuesto a enfrentar todos los peligros sin queja, ni paga, con tal de cumplir sus caballerescos cometidos. Y todo con el fin de volver a los dorados orígenes. Así, mientras alecciona a su azorado escudero le dice:

Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos (Cervantes, 2001: 238).

En *El origen de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau explica cómo terminó el paraíso y empezó la civilización:

El primer hombre que, después de haber cercado un terreno, tuvo la ocurrencia de decir: *Esto es mío*, y se encontró con gente tan simple como para creérselo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil (Zaid, 2001: 493).

Casi de manera simultánea con Rousseau se empieza a cocinar la retorcida historia de una metáfora, historia en la que Gustavo Esteva nos cuenta el tránsito del progreso al desarrollo, como una transferencia

de la metáfora biológica de la evolución natural a la esfera social, donde “el desarrollo histórico era la continuación del desarrollo natural, y ambos no eran sino variantes del desarrollo homogéneo del cosmos, creado por Dios” (Sachs, 1996: 55):

El asunto alcanza toda su complejidad y su grandeza —dice Bulnes— en el planteamiento simultáneo del problema de la supervivencia de la existencia humana y la lucha por la liberación, ya que lo que pudo considerarse como un “mínimo” y un “máximo” ha pasado a descubrirse como algo inseparable, desde el momento que las condiciones “mínimas” de subsistencia en un sentido humano valedero y en términos de toda la humanidad, sencillamente no son posibles sino en la celebración de una nueva gran y solidaria existencia, vale decir en el paraíso. Lo que hasta no hace mucho se pensó, pues, que era la esencia de un sublime e impracticable evangelio de los pájaros y de otro mundo, ha venido a convertirse en una sencilla definición operacional para alcanzar algo de la tierra (Bulnes, 1973: 3-4).

Con la propiedad privada, la libertad de mercado y la acumulación capitalista termina el paraíso y empieza el desarrollo económico, entendido como esa loca, suicida y desenfadada carrera, donde todos quieren llegar antes que los demás, al infierno.

Bibliografía

- Bulnes, J. M. (1973), *Seminario sobre la sociedad convivencial*, Cuernavaca: CIDOC 1024.
- Cervantes, Miguel (2001), *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid: Biblioteca Clásica Castalia.
- Goodman, Paul (1972), *La nueva reforma*. Barcelona: Kairós.
- Hart, John (1974), *Los anarquistas mexicanos 1860-1900*, México: Sep Setentas.
- Illich, Iván (1972), *Hacia el fin de la era escolar*, Cuernavaca: Cuadernos CIDOC.

Braulio Hornedo Rocha. *El mito del progreso, de los universitarios tan querido*

Lyotard, Jean-François (2004), *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra.

Sachs, Wolfgang (1996), *Diccionario del desarrollo*, Perú: Pratec.

Zaid. Gabriel (1999), "Crítica del mundo cultural", *Obras*, vol. 3, México: El Colegio Nacional.

Zaid, Gabriel *et al* (2001). *Una visión integradora*. Compiladores Bolívar Zapata F., Rudomín P., México: El Colegio Nacional.

Braulio Hornedo Rocha: www.braulio-hornedo.com Arquitecto de la Universidad Nacional Autónoma de México www.arquitectura-ecologica.com y Doctor en Filosofía del Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos. Asesor de El Colegio Nacional (1988-2008), Academia Mexicana de la Lengua (1990-2002), Fondo de Cultura Económica (1986-1992), Rector en la Universidad Virtual Alfonsina (2008-2012) www.univirtual.mx. Líneas de investigación: tradiciones del pensamiento humanista mexicano siglo XIX www.humanistas.org.mx, el mito del progreso www.contraelprogreso.com. Entre sus últimas publicaciones se encuentran: *Homero en Cuernavaca* (2009), *El mito del progreso* (2008) y *La Iliada de Homero en Cuernavaca* (2005).